

Esta es una pequeña muestra
del libro *Guerra de Palabras: tratando el corazón
de tus problemas con la comunicación.*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Guerra de Palabras

Tratando el corazón
de tus problemas con la comunicación

Paul David Tripp



Poema Publicaciones
Medellín, Colombia

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#GuerraDePalabras

GUERRA DE PALABRAS / Paul David Tripp

Traducido con el debido permiso del libro *War of Words: Getting to the Heart of Your Communication Struggles*. © 2000 por Paul David Tripp, publicado por P&R Publishing Company.

© 2017 por Poiema Publicaciones

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Versión Internacional* (NVI) ©1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC son de la versión *Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV60, de la versión *Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas; los encabezados de la división de cada parte, fueron tomados de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © Tyndale House Foundation, 2010. Todos los pronombres referidos a Dios en las versiones bíblicas han sido escritos con mayúscula inicial.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología, Biblia, Vida Práctica.

ISBN: 978-1-944586-20-1

Impreso en Colombia

SDG

A

Justin, Ethan, Nicole y Darnay

*Jesús les ha usado para enseñarme
a hablar más como el Padre.
Gracias por ser tan pacientes.*

Bondad Odio Amor Discusión Bendición Alterca encia Ataque Dulzura Inhabilidad Polémica Dis vidia Ternura Orgullo Mesura Murmuración Fidel

Contenido

I. El valor de las palabras	9
1. Dios habla	11
2. Satanás habla	25
3. La Palabra en carne propia	39
4. Palabras idolátricas	57
II. Una nueva agenda para nuestra conversación	71
5. ¡Él es el Rey!	73
6. Siguiendo al Rey por todas las razones equivocadas	91
7. Hablando por el Rey	109
8. Llegando a destino	125
9. Ciudadanos que necesitan ayuda	137
10. En la misión del Rey	157
III. Ganando la guerra de la comunicación	173
11. Lo primero es lo primero	175
12. Ganando la guerra de palabras	195
13. Escogiendo tus palabras	215

Bondad Odio Amor Discusión Bendición Alterca encia Ataque Dulzura Gracia Polémica Dis vidia Ternura Orgullo Mesura Murmuración Fidel

Prefacio

¿Qué lleva a alguien a escribir un libro? Hay autores que escriben debido a su habilidad. A través de su educación y de su experiencia, han adquirido un conocimiento y un entendimiento especializado de un tema en particular. Sus escritos permiten que sus lectores crezcan en esa misma área sin tener que pasar por toda la formación y las experiencias.

Un autor también puede escribir debido a su desesperación. Hay una debilidad o una lucha con la que debe lidiar, así que esa persona examina, estudia, medita y aplica lo que ha aprendido para ayudarse a sí mismo a crecer. Durante o después de este proceso, él o ella decide escribir acerca del mismo con la esperanza de que otros también puedan beneficiarse.

No escribí este libro por causa de mi habilidad, sino por mi desesperación. Durante este proceso, le dije a muchas personas que no era yo quien estaba escribiendo el libro, ¡sino que era el libro que me estaba escribiendo a mí!

Cuando tenía dieciséis años de edad, me levanté temprano un sábado por la mañana para ensayar para un concurso de oratoria que había en mi estado. Mi mamá me escuchó desde su habitación. Se levantó, entró en la habitación, y me preguntó: “¿Puedo interrumpirte por un momento?” Ya iba a tomar un descanso igualmente, así que no me importó. Luego dijo algo que fue prácticamente profético. Me dijo: “Paul, Dios te ha dado una habilidad especial para comunicarte, pero ten cuidado, porque también será tu mayor

lucha”. Con el pasar de los años, he podido comprobar cada vez más la verdad de sus palabras.

Es cierto que nuestras mayores fortalezas son también nuestras mayores debilidades. Este libro fue escrito por causa de mi debilidad. Pero es una debilidad que ha sido atenuada por la intervención de la maravillosa gracia de Dios y el poder de la Escritura.

En las páginas siguientes, vamos a examinar algo que nos distingue del resto de la creación, algo que hacemos todos los días y continuamente: hablar. Sin embargo, este libro es diferente a la mayoría de los que se han escrito sobre el tema. No es una discusión acerca de las técnicas y habilidades necesarias para lograr una comunicación eficaz. Más bien, es la historia de la gran batalla por nuestros corazones, la que está detrás de nuestra lucha con las palabras. Pero esto es más que un mero análisis de la batalla. También veremos más de cerca la agenda de Dios para nuestras conversaciones, y celebraremos Su gracia habilitadora.

Gracias a todas las personas cuyas palabras Dios ha usado para cambiar mi corazón. Es mi oración que Dios también cambie el tuyo a través de la páginas de este libro. Gracias también a Sue Lutz, cuyo talento con las palabras ha hecho de este libro uno mucho mejor.

PARTE UNO

El valor de las palabras

En la lengua hay poder de vida y muerte;
quienes la aman comerán de su fruto (Proverbios 18:21)

*¡Este temperamento mío!
Perdóname, Señor—
una vez más, me dejé dominar por él.
¿Cuándo voy a aprender a esperar
hasta haber oído toda la historia;
a responder bajo presión
como lo haría Cristo;
a vencer el mal con el bien?*

*Estoy creciendo, Señor,
pero mi crecimiento es demasiado lento.
Labra el terreno de mi vida—
destruye los terrones de orgullo,
saca las cizañas del egoísmo,
entierra todo vestigio de terquedad.*

*Cultívame y siembra más y más
de la semilla que da
el fruto de Tu Espíritu.
Envía lluvias
y tormentas (si es necesario);
brilla con fuerza sobre mi alma.*

*Entonces cosecharé
paciencia y bondad y amor—
y dominio propio—
en abundancia,
y mi lengua aprenderá
a ayudar y a sanar
y a alabar a Aquel
en cuyo nombre oro.
Amén.*

Bondad Odio Amor Discusión Bendición Alterca encia Ataque Dulce Lucha Gracia Polémica Dis vidia Ternura Orgullo Mesura Murmuración Fidel

Dios habla

Y Dios los bendijo, y dijo... (Génesis 1:28)

No importa dónde vivas, no importa lo que hagas cada día, hay una cosa que haces todo el día: hablar. Hablas desde que dices: “¿Ya es hora de despertarse?”, hasta que te despidas con: “Buenas noches, ya me voy a dormir”. Hablas en la habitación, en el baño, en el pasillo y en la cocina; hablas en el automóvil, en la tienda, en la fábrica y en la sala de juntas. Hablas con tu esposa, con tus hijos, con tus amigos, con tu familia, con tus vecinos y con tus compañeros de trabajo. Esto es lo que hacen los seres humanos casi sin interrupción y a menudo sin pensar en lo importante que es para la vida humana. Una de las cosas que nos distingue del resto de la creación es precisamente nuestra habilidad para comunicarnos. Somos personas y hablamos. Tenemos que darnos cuenta de que nuestras vidas están llenas de palabras.

La palabra “hablar” no suena tan compleja en sí misma. “Hablar” parece tan normal, tan ordinario, tan casual, tan inofensivo. Sin embargo, son pocas las cosas que hacemos que tengan mayor importancia; y detrás de esa normalidad hay una gran lucha, una guerra de palabras que libramos cada día. Aquí están algunos ejemplos de cómo solemos referirnos a nuestra lucha con las palabras.

- “¡Cuando éramos novios, jamás imaginé que él me hablaría de la forma en que lo hace ahora!”
- “¡No puedo creer lo que oigo cuando mi hijo me habla!”
- “Ella me colgó el teléfono mientras le hablaba”.

- “Mis padres nunca hablan conmigo, a menos que esté en problemas”.
- “Solo me habla bien cuando quiere algo”.
- “Habla tanto que es difícil tener una conversación con él”.
- “No me siento cómodo con la forma en que ella me habla de otras personas”.
- “Parece que nunca hay tiempo suficiente para sentarnos a hablar”.
- “Habló por un buen rato, pero yo ni supe qué estaba tratando de decir”.
- “¿Por qué siempre terminamos discutiendo?”
- “¿Qué pasó? Parecíamos ser tan cercanos y ahora casi nunca hablamos”.
- “Siento que siempre debo estar interviniendo en las peleas de mis hijos”.
- “Sí, me pidió perdón, pero la herida sigue. Lo que me dijo fue muy cruel”.
- “Quisiera pasar un día completo sin que alguien en nuestra familia grite”.
- “No sé para qué pierdo mi tiempo hablando. Nada cambia cuando lo hago”.
- “¡Nunca llegaremos a una conclusión si todos siguen hablando a la vez!”
- “Ella siempre tiene que tener la última palabra”.
- “¡Me habla con tanta dulzura cuando estamos en público!”
- “Algunas veces pienso que sería mejor si simplemente dejáramos de hablar”.

Todas estas cosas las he escuchado de familias que he aconsejado. Todas juntas revelan la lucha que todos tenemos con las palabras. ¿Quién entre nosotros no ha sido herido por las palabras de otro? ¿Quién no se ha lamentado por algo que haya dicho? ¿Quién no ha tenido que arbitrar en una discusión? ¿Quién no ha querido hablar seriamente con un ser querido, pero parece no haber tiempo para hacerlo? ¿Quién entre nosotros puede decir: “Mis palabras *siempre* son apropiadas para cada situación y *siempre* son dichas con amabilidad”?

Es acerca de este mundo de palabras—el mundo que existe detrás de la tranquilidad y la amabilidad que todos somos capaces de demostrar en público—que trata este libro. Si puedes decir: “No tengo problemas con mis palabras”, entonces no necesitas seguir leyendo. Pero si, al igual que yo, reconoces que hay una guerra de palabras en tu vida; si hay evidencia de una lucha por comunicarte de manera apropiada y amorosa; si hay áreas en tu mundo de palabras en las que aún puedes crecer, entonces este libro es para ti.

El propósito de este libro no es simplemente mostrar el alto estándar que Dios ha establecido para nosotros y luego recordarnos lo lejos que estamos

de alcanzarlo. La mayoría de nosotros somos dolorosamente conscientes de la distancia que hay entre donde estamos y donde Dios quiere que estemos. No, la idea es que este sea un libro de esperanza. Es un libro acerca del cambio; un cambio que solo es posible debido a la persona y obra del Señor Jesucristo. ¡Jesús es la *Palabra* y la única esperanza para *nuestras* palabras! Solo en Él tendremos victoria en nuestra propia guerra de palabras.

Escribí este libro porque estoy convencido de que no sabemos qué tan radicalmente el evangelio puede cambiar la manera en que entendemos y resolvemos nuestros problemas de comunicación. ¡No tenemos que desanimarnos! No tenemos que vivir “atascados” ni que rendirnos ante el cinismo que tanto nos tienta en este mundo cruel y caído.

Este es un libro de esperanza porque está basado en cuatro principios fundamentales y transformadores:

1. Dios tiene un plan maravilloso para nuestras palabras, uno mucho mejor que cualquier plan que se nos pueda ocurrir a nosotros mismos.
2. El pecado ha alterado radicalmente nuestros propósitos en relación con nuestras palabras, trayendo mucho dolor, confusión y caos.
3. En Jesucristo encontramos la gracia que nos provee todo lo que necesitamos para hablar como Dios quiere que hablemos.
4. La Biblia nos enseña simple y llanamente cómo llegar desde donde estamos hasta donde Dios quiere que estemos.

En cada capítulo de este libro consideraremos el plan de Dios, nuestro pecado, Su gracia y el mapa que nos da la Escritura. Mi oración es que esto te ayude a ver más claramente el diseño de Dios para Sus hijos; que te dé un mejor entendimiento de tu lucha personal contra el pecado; que aumente tu dependencia de la gracia abundante de Dios y te dé sabiduría bíblica práctica, y que esto resulte en un hablar que honre más a Dios y beneficie más a los demás.

Nuestro hablar: el mundo real

Condujimos a través de Filadelfia en silencio. Por fin teníamos una noche para nosotros, pero pasaba el tiempo y ninguno de los dos decía nada. No se

suponía que fuera de esa manera. El silencio era ensordecedor y pareció durar horas, aunque en realidad solo fueron unos minutos. Ambos estábamos reviviendo en nuestras mentes lo que había ocurrido un rato antes, alimentando nuestro dolor y reafirmando nuestra inocencia. Afortunadamente, no pasó mucho tiempo antes de que el silencio se interrumpiera; el perdón fue buscado y concedido, y una vez más estábamos gozando de nuestra compañía y no simplemente tolerándola.

Todo había comenzado de manera tan inocente y tan típica. Ambos estábamos terminando un largo viernes y una larga semana. Cada uno ya tenía en mente lo que quería hacer esa noche y esperaba una serie de cosas de la otra persona. Ambos estábamos siendo más demandantes que serviciales, y rápidamente nos sentimos heridos cuando cada uno rechazó las ideas del otro para la noche. Finalmente, ambos hablamos de nuestras heridas. Acusamos en vez de escuchar, criticamos en vez de examinarnos a nosotros mismos. Ambos nos dimos por vencidos y nos metimos en nuestro capullo de dolor y enojo.

Puedes estar pensando: “Paul, ¡qué manera tan *deprimiente* de empezar un libro que *supuestamente* está lleno de esperanza!”. Pero este encuentro mundano, durante una noche como cualquier otra en la casa de los Tripp, captura la esencia de este libro. Este libro trata acerca del plan maravilloso que Dios tiene para nuestras palabras, el cual nos protege del dolor y de la presión de momentos como esos. Trata de nuestro pecado, que extravía y distorsiona nuestras palabras de tal manera que tengan que ver más con nuestros deseos egoístas que con nuestro amor hacia los demás. Este libro habla de la maravillosa gracia del Señor que nos llama a que volvamos a Su propósito, nos rescata, nos restaura, nos perdona y nos libera. Y este libro te mostrará algunos pasos bíblicos sencillos que puedes dar para ver arrepentimiento y cambio en tu vida. Trara sobre un glorioso Señor que tiene toda la disposición y el poder para tomar nuestro complicado mundo de palabras y transformarlo en uno donde la motivación sea el amor y el resultado sea la paz. Dios está obrando, tomando a personas que hablan instintivamente y por cuenta propia, y transformándolas en personas que hablan eficazmente para Él.

Aquella noche, en ese momento, mi esposa Luella y yo no estábamos llevando a cabo Su plan para nosotros; pero hemos aprendido que Su gracia es suficiente y que Su poder se perfecciona en nuestra debilidad (2 Corintios

12:9). Hemos visto que sí hay una salida. En medio del completo fracaso personal, podemos ganar la guerra de las palabras con la fuerza que Él nos da. De esto se trata este libro.

Las palabras son valiosas

Las palabras son poderosas, importantes, significativas. Así es como debe ser. Cuando hablamos, debemos ser conscientes de que Dios le ha dado significado a nuestras palabras. Él ha ordenado que ellas sean importantes. Las palabras fueron significativas en la creación y en la caída. Son importantes para la redención. Dios le ha dado valor a las palabras.

Él tiene un diseño para nuestra comunicación; un plan y un propósito específico para el habla del cuerpo de Cristo. Espero establecer un fundamento bíblico sólido para que podamos entender la comunicación, empezando en el lugar en que escuchamos palabras habladas por primera vez; pasando luego a la Caída para ver el papel que jugaron las palabras en el evento que alteró todo nuestro mundo, y, finalmente, considerar las palabras desde el punto de vista de la redención. Absolutamente todo cuanto hablamos está relacionado a estos eventos. Entender esto nos mostrará la importancia de nuestras palabras, la razón por la que luchamos tanto con ellas y el diseño de Dios para las palabras de Su pueblo.

La mayoría de los libros acerca de la comunicación se enfocan en técnicas y habilidades, sin reconocer que nuestra lucha con las palabras es algo mucho más profundo. La guerra de las palabras tiene su origen en el huerto del Edén. A medida que vayas entendiendo cómo esos momentos moldearon nuestro mundo de palabras, comenzarás a entender tu propia lucha con ellas y la salida que Dios ha provisto. Este libro tratará honestamente con el problema para poder ofrecerte un cambio que sea más que temporal y superficial. Si entiendes la raíz de tu problema, podrás experimentar un cambio duradero.

¡Dios habla!

No entenderás plenamente la importancia de las palabras hasta que te des cuenta de que las primeras palabras escuchadas por oídos humanos no

fueron las de otro ser humano, ¡sino las palabras de Dios! El valor de la comunicación humana está basado en el hecho de que *Dios* habla. En medio de las imágenes y los sonidos del mundo recién creado, se escuchó la voz de Dios hablándole a Adán y a Eva en lenguaje humano. Cuando Dios escogió revelarse de esa manera, elevó el habla a un lugar de altísima importancia, haciéndolo Su vehículo principal para la verdad. A través de las palabras llegaríamos a conocer las verdades más importantes que puedan ser conocidas—verdades que revelan la existencia y la gloria de Dios; verdades que dan vida—. Al intentar entender el mundo del habla humana, es vital que lo entendamos desde la perspectiva de Génesis 1—el único tiempo en la historia humana en que no hubo guerra de palabras.

En Génesis 1, el mundo de la comunicación era uno de paz, verdad y vida. Las palabras nunca se utilizaron como armas. La verdad nunca se utilizó para aplastar. Las palabras siempre eran dichas en amor, y la comunicación humana nunca rompió los lazos de la paz.

Es un mundo que puede enseñarnos mucho acerca de la comunicación. En primer lugar, *Dios se revela a Sí mismo y revela Su plan y propósito utilizando palabras*. Inmediatamente después de crear a Adán y a Eva, Dios les habló. Fue Su decisión revelárseles, explicarles Su voluntad y darles una identidad por medio del lenguaje humano. Todos Sus otros medios de autorrevelación fueron explicados y definidos a través de este medio central.

¡Dios, el soberano Creador y Señor, habló a Adán y a Eva en palabras que pudieran entender! Deja que este pensamiento asombroso te cautive. ¡El Dios infinito y todopoderoso se hace a Sí mismo conocible y entendible a través del lenguaje humano! Desde el momento de la creación, Dios no ha estado distante ni apartado. No está escondido ni en silencio. Se acerca y usa palabras para revelarse y explicar todo lo demás. Dios no es solamente un Dios que *hace*, sino también un Dios que *habla* a Su pueblo poderosa, elaborada, coherente, exhaustiva y claramente. Cada fase de Su obra está marcada con Sus palabras. No deja a Su pueblo sin testimonio.

La comunicación de Dios está diseñada con amor para abordar la necesidad del momento, utilizando palabras que puedan ser entendidas con facilidad. Antes de obrar, Dios revela lo que está a punto de hacer; mientras está obrando, habla de lo que está haciendo; y cuando termina, interpreta lo que ha hecho. Es un Dios que puede ser conocido porque es un Dios

que habla. La Escritura lo presenta como el gran estándar para todo tipo de comunicación.

Dios define Su carácter, Su voluntad, Su plan, Su propósito y Su verdad a través de Sus palabras. Palabras como *roca, sol, fortaleza, escudo, pastor, padre, juez, cordero, puerta, amo, agua y pan* explican quién Él es y qué hace. Estamos tan familiarizados con estas palabras que tendemos a olvidar su importancia. ¡Pero estas son las palabras con las que hemos llegado a conocer al Rey de Reyes y Señor de Señores! No podrás entender la comunicación humana si no empiezas aquí, con la gloria de Dios y con Su maravillosa gracia al revelarse a nosotros en términos que podemos entender y que a la vez alteran radicalmente nuestra perspectiva sobre todo lo que existe.

No hay mejor ejemplo que las palabras de Isaías 40.

Sión, portadora de buenas noticias,
¡súbete a una alta montaña!
Jerusalén, portadora de buenas noticias,
¡alza con fuerza tu voz!
Álzala, no temas; di a las ciudades de Judá:
“¡Aquí está su Dios!”
Miren, el Señor omnipotente llega con poder,
y con Su brazo gobierna.
Su galardón lo acompaña;
Su recompensa lo precede.
Como un pastor que cuida Su rebaño,
recoge los corderos en Sus brazos;
los lleva junto a Su pecho,
y guía con cuidado a las recién paridas.

¿Quién ha medido las aguas con la palma de Su mano,
y abarcado entre Sus dedos la extensión de los cielos?
¿Quién metió en una medida el polvo de la tierra?
¿Quién pesó en una balanza las montañas y los cerros?
¿Quién puede medir el alcance del espíritu del Señor,
o quién puede servirle de consejero?
¿A quién consultó el Señor para ilustrarse,

y quién le enseñó el camino de la justicia?
¿Quién le impartió conocimiento
o le hizo conocer la senda de la inteligencia?
A los ojos de Dios, las naciones son
como una gota de agua en un balde,
como una brizna de polvo en una balanza.

El Señor pesa las islas
como si fueran polvo fino.
El Líbano no alcanza para el fuego de Su altar,
ni todos sus animales para los holocaustos.
Todas las naciones no son nada en Su presencia;
no tienen para Él valor alguno.
¿Con quién compararán a Dios?
¿Con qué imagen lo representarán?
Al ídolo un escultor lo funde;
un joyero lo enchapa en oro
y le labra cadenas de plata.
El que es muy pobre para ofrendar
escoge madera que no se pudra,
y busca un hábil artesano
para erigir un ídolo que no se caiga.

¿Acaso no lo sabían ustedes?
¿No se habían enterado?
¿No se les dijo desde el principio?
¿No lo entendieron desde la fundación del mundo?
Él reina sobre la bóveda de la tierra,
cuyos habitantes son como langostas.
Él extiende los cielos como un toldo,
y los despliega como carpa para ser habitada.
Él anula a los poderosos,
y a nada reduce a los gobernantes de este mundo.
Escasamente han sido plantados,
apenas han sido sembrados,

apenas echan raíces en la tierra,
cuando Él sopla sobre ellos y se marchitan;
¡y el huracán los arrasa como paja!

“¿Con quién, entonces, me compararán ustedes?
¿Quién es igual a Mí?”, dice el Santo.
Alcen los ojos y miren a los cielos:
¿Quién ha creado todo esto?
El que ordena la multitud de estrellas una por una,
y llama a cada una por su nombre.
¡Es tan grande Su poder, y tan poderosa Su fuerza,
que no falta ninguna de ellas!

¿Por qué murmuras, Jacob?
¿Por qué refunfuñas, Israel:
“Mi camino está escondido del Señor;
mi Dios ignora mi derecho”?
¿Acaso no lo sabes?
¿Acaso no te has enterado?
El Señor es el Dios eterno,
creador de los confines de la tierra.
No se cansa ni se fatiga,
y Su inteligencia es insondable.
Él fortalece al cansado
y acrecienta las fuerzas del débil.
Aun los jóvenes se cansan, se fatigan,
y los muchachos tropiezan y caen;
pero los que confían en Él
renovarán sus fuerzas;
volarán como las águilas:
correrán y no se fatigarán,
caminarán y no se cansarán (vv. 9-31).

Aquí tenemos el lenguaje humano en su mejor momento, funcionando como la ventana a través de la cual vemos a Dios.

Las palabras de Dios no solo lo definen a Él, sino que también definen Su creación. Le dan identidad, significado y propósito a todo lo que Dios ha creado. La única manera de conocernos a *nosotros mismos* es escuchando las palabras que Él ha dicho acerca de nosotros. Dios nos dice quiénes somos, define lo que debemos hacer y la manera de hacerlo. ¡No hubiéramos podido descubrir estas cosas por nuestra propia cuenta! La única esperanza para Adán y Eva era que Dios les hablara, dándoles identidad y propósito, y dándole sentido al mundo en el que habían sido puestos.

Las palabras de Dios establecen límites y dan libertad. Sus palabras crean vida y traen muerte. Dios creó el habla, y Sus primeras palabras demuestran su importancia. Las palabras son valiosas. Las palabras revelan, definen, explican y moldean.

Las personas hablan

Al considerar la comunicación desde el punto de vista de la creación, también necesitamos notar que *Adán y Eva hablaban*. Quizá este punto parece demasiado obvio para ser mencionado, pero su importancia no debe pasar inadvertida. La habilidad de Adán y Eva para comunicarse por medio de palabras los hizo únicos en toda la creación. Ellos podían tomar sus pensamientos, deseos y emociones, y compartirlos el uno con el otro. Eran semejantes a Dios; ¡podían hablar! Al darles esta habilidad, Dios estaba dándole forma a sus vidas.

No hay nada en lo que dependamos más que en nuestra habilidad de dar y recibir comunicación. Siempre estamos hablando, ya sea conversando tranquilamente mientras tomamos café, conversando ansiosamente en un aeropuerto lleno de gente, explicando por qué llegamos tarde o por qué no completamos nuestro trabajo. Hablamos al enseñarle a nuestros hijos o al intervenir en una discusión; hablamos en un largo debate en el congreso o en una discusión intensa con un amigo. Hablamos en noches tranquilas y agradables con palabras de motivación deportiva o con palabras románticas; hablamos con palabras de corrección y amonestación o de enojo e irritación. La gente habla en medio de la confusión de una estación de tren en la India, y en medio de las voces de niños que salen de su escuela en Soweto para regresar a sus casas.

Las palabras dirigen nuestra existencia y nuestras relaciones. Moldean nuestras observaciones y definen nuestras experiencias. Es a través de la conversación que realmente llegamos a conocer a los demás. Deseamos estar solos cuando hemos escuchado demasiadas palabras, y nos sentimos solos cuando pasa mucho tiempo sin que alguien nos hable.

Al crearnos con la capacidad de hablar, Dios no solo nos apartó del resto de la creación, sino que ha determinado la naturaleza de nuestras vidas y relaciones. ¿Quieres aprender? Escucha y habla. ¿Quieres tener una relación? Escucha y habla. ¿Quieres conseguir un trabajo? Escucha y habla. ¿Quieres adorar? Escucha y habla. ¿Quieres educar a tus hijos? Escucha y habla. ¿Quieres servir al cuerpo de Cristo? Escucha y habla. La gente se comunica; es la naturaleza de nuestra existencia. Las palabras afectan todas las demás cosas que hacemos como seres humanos. Dios creó nuestro hablar y le dio valor.

En Génesis 1, el mundo de la comunicación humana se caracterizó por la simplicidad y la belleza. No hubo dificultades para comunicarse, no hubo guerra de palabras. Todo lo que se decía reflejaba la gloria de Dios. No hubo discusiones ni mentiras, no hubo palabras de odio ni respuestas impacientes ni irritadas. No hubo gritos, maldiciones ni condenaciones. No se dijeron palabras con orgullo, engaño, manipulación ni egoísmo. Solo hubo palabras verdaderas, dichas con amabilidad y amor, y por tanto no existía la necesidad de un libro como este acerca de la comunicación. Cada palabra cumplía el estándar del ejemplo y el diseño de Dios.

Tristemente, el mundo de Génesis 1 hace mucho que no existe. El regalo maravilloso de la comunicación se ha convertido en la fuente de mucho pecado y sufrimiento. Muy a menudo, los seres humanos hablan e ignoran el diseño de Dios, destruyendo lo que Él ha hecho. Al recordar y maravillarnos con Génesis 1, debemos también recordar que pronto vendrá el día en que la guerra de palabras llegue a su fin; ese día en que ya estemos con Dios y seamos como Él, hablando únicamente conforme a Su diseño, por toda la eternidad.

Las palabras interpretan

Hay algo más que podemos aprender acerca de las palabras en Génesis 1. *Las palabras definen, explican e interpretan.* Aunque Adán y Eva eran perfectos,

viviendo en un mundo perfecto, en una relación perfecta con Dios, todavía necesitaban que Dios les hablara. Su mundo necesitaba ser definido. Necesitaban entenderse a sí mismos y entender la vida. Todo necesitaba ser interpretado, y para esto Adán y Eva eran dependientes de Dios. No podían entender las cosas por su cuenta. Cualquier cosa que descubrieran acerca del mundo y de sus vidas necesitaba ser explicada y definida por las palabras de Dios. Las palabras interpretan. La comunicación humana, al igual que la de Dios, tiene el propósito de organizar, interpretar y explicar el mundo a nuestro alrededor.

Desde las explicaciones sencillas, y a veces tontas, que escuchamos de los niños (“Mamá, yo sé cómo funcionan los globos”), hasta las preguntas más complejas que hacen los adolescentes (“¿Por qué es tan importante que me mantenga célibe hasta el matrimonio?”) y las preguntas frustradas de los adultos (“¿Por qué parece que no paro de trabajar, y aún así nunca hay suficiente dinero?”), las personas utilizan palabras para comunicar el significado que le dan a las cosas.

Los niños pequeños quieren entender su mundo y cansan a sus padres preguntándoles mil veces a la semana: “¿Por qué?”. Los adolescentes pasan horas sin fin en sus teléfonos discutiendo los eventos del día con sus amigos. El anciano se sienta en el parque con su amigo, viajando al pasado y preguntándose acerca del significado de la vida en voz alta. Hablamos porque queremos saber; para saber, tenemos que hablar. Nuestras palabras son valiosas porque demuestran nuestra manera de interpretar la vida. La manera en que interpretemos la vida determinará cómo respondemos a ella.

Génesis 1 y nuestras palabras

Luego de considerar la comunicación en Génesis 1, ¿qué concluimos? En primer lugar que nuestras palabras le pertenecen al Señor. Él es el Gran orador. La maravilla, la importancia, la gloria de la comunicación humana tiene su origen en *Su* gloria y en Su decisión de hablar con nosotros, de permitirnos hablar con Él y con los demás. Dios nos ha abierto las puertas de la verdad, utilizando las palabras como Su llave. La única razón por la que entendemos cualquier cosa es porque Él ha hablado. Las palabras le pertenecen a Dios, pero Él nos las ha prestado para que podamos conocerle y seamos usados por Él.

Esto significa que las palabras no nos pertenecen. Cada palabra que digamos debe corresponder con el estándar de Dios y con Su diseño. Nuestras palabras deben hacer eco del Gran orador y reflejar Su gloria. Cuando perdemos esto de vista, nuestras palabras pierden su única protección ante las dificultades. Dios creó el habla para lograr *Sus* propósitos. Nuestras palabras le pertenecen a Él.

Examínate

Una autoevaluación de tu comunicación

A continuación están algunos frutos de la conversación piadosa (ver Gá 5:22-23). Evalúate al comenzar este libro.

1. ¿Llevan tus conversaciones con los demás a una resolución bíblica de los problemas?
2. ¿Cuál suele ser tu postura al conversar la de “estamos en el mismo equipo”, o la de “yo estoy en contra de él/ella/ellos”?
3. ¿Animan tus palabras a los demás a ser honestos en cuanto a sus pensamientos y sentimientos?
4. Cuando hablas con los demás, ¿te muestras accesible y enseñable, o siempre estás a la defensiva?
5. ¿Consideras que tu comunicación en las principales relaciones de tu vida es saludable? Piensa en las siguientes relaciones:
 - padre – hijo
 - esposo – esposa
 - hermano – hermano
 - familia extensa
 - jefe – empleado
 - amigo – amigo
 - cuerpo de Cristo
 - prójimo – prójimo.

6. ¿Crees que tus palabras animan a perseverar en la fe y a crecer espiritualmente?
7. ¿Hablas con los demás para desarrollar relaciones con ellos, o solo hablas cuando hay que resolver problemas en tiempos de dificultad?
8. ¿Hablas palabras de confesión que sean humildes y honestas cuando pecas, y palabras de perdón sincero cuando otros pecan contra ti?
9. ¿Reflejan tus palabras una disposición a servir a los demás, o un deseo de que los demás te sirvan?
10. Al enfrentarte a tus luchas con las palabras, ¿lo haces reconociendo el evangelio—el perdón de Dios, Su gracia capacitadora y la obra santificadora del Espíritu Santo?

Antes de continuar tu lectura de este libro, te animo a que hagas un autoexamen honesto. Confíesale tus pecados a Dios y a los demás, y comprométete a trabajar para que puedas cambiar a medida que vayas leyendo.

Bondad Odio Amor Discusión Bendición Alterca Paciencia Ataque **Satanás habla** Polémica Dis Envidia Ternura Orgullo Mesura Murmuración Fidel

La serpiente... le preguntó a la mujer... (Génesis 3:1)

El día había empezado súper bien. El clima estaba justo como esperábamos que estuviera, y acabábamos de disfrutar de un buen desayuno en familia. Hace tiempo que quería que llegara este día. Dentro de un rato saldríamos para hacer lo que habíamos planeado, pero aún faltaban un par de horas, así que decidí leer mientras tanto. Fui interrumpido por uno de esos pleitos entre mi hija adolescente y mi hijo menor. Escuchaba cómo el asunto iba subiendo de tono, y cada vez me iba irritando más y más. Estaba sentado allí con mi libro, furioso y sin poder leer, pero me rehusaba a intervenir. Pensé: “No tengo por qué lidiar con esto *hoy*. Es mi *día libre*”. Incluso me preguntaba por qué mi esposa no hacía algo. ¿Acaso no estaba escuchando que algo estaba pasando?

Mi hijo corrió hacia el baño y mi hija iba tras él. Comenzaron a empujar la puerta desde ambos lados con todas sus fuerzas, y ahí mi paciencia se agotó. Me puse de pie, no con un propósito paterno piadoso, sino con un corazón lleno de ira y lástima hacia mí mismo. ¿Acaso no sabían cómo era mi vida? ¿Acaso no sabían cuán duro trabajaba por ellos? ¿Acaso no se daban cuenta de cuán importante era ese día para mí? ¿No habían visto que estaba tratando de leer? ¿No era obvio que este es el tipo de cosas que arruina un día como este? Mi hija era la mayor, así que ¿por qué no le puso un alto a esto? ¿Por qué tenía que ser tan terca?

En ese espíritu, me puse de pie y marché hacia la escena. Primero vi a mi hija. Le dije que me sentía ofendido personalmente, que estaba estropeando

Esperamos que hayas disfrutado de esta
pequeña muestra del libro *Guerra de Palabras:*
tratando el corazón de tus problemas con la comunicación.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!